



### **Ayala Blanco Luis Alberto. (2021). Estupidez ilustrada. México. Bonilla Artigas Editores.**

**Roberto Arias Guadarrama\***

“La sensación más precisa y más aguda, para quien vive en este momento, es la de no saber dónde se pisa a cada momento”, escribió hace ya algunos años el escritor y editor florentino, Roberto Calasso (2018). ¿Cómo explicarnos que la inconsistencia sea el epítome de nuestro tiempo; o que a pesar de vivir en una era acribillada por las conquistas tecnológicas y por el continuo embuste de los discursos a favor de la Democracia, la Justicia o la Humanidad, el Mal siga estrujando los hilos de esa madeja enredada a la que llamamos realidad? Desde hace algunos siglos la sociedad secular ha puesto en marcha una compleja maquinaria de cuantificación para dar cuenta de estos hechos. Lo cierto es que mientras más energía ha gastado en el intento, más lejana se ha visto la respuesta. Pero que la modernidad se decante por la ciencia para intentar desvelar el enigma que tiñe al mundo y que parece diluirse en todos los objetos y tramas de la vida social, no es en sí lo preocupante. El problema está en *creer* que esto puede ser posible únicamente a través de la razón. Si esto fuera cierto, los libros nos harían más inteligentes y esa sería su función primordial. Para nuestra fortuna, muchos editores saben que esto no sucede así, y conceden que el único contacto entre el lector y la verdad no busca alimentar «el juego algebraico del poder» que se impone hoy en día en el imperio de la opinión (*doxa*). En todo caso, el arte editorial presupone que el contacto entre el lector y la verdad (*Alétheia*) se da siempre en el terreno de lo efímero, en lo inefable, en ese silencio que desbarata una a una todas las cuerdas de las significaciones sociales. No es baladí que René Daumal escribiera en *El monte análogo* que «cuando ya no es posible ver, al menos se puede saber».

\* Maestro en Estudios Políticos y Sociales por la UNAM. Estudiante en el Programa de Doctorado del Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Profesor de asignatura adscrito al Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. ORCID: <https://orcid.org/0009-0002-9680-1445>. Líneas de investigación: Hermenéutica arte y poder; filosofía política.

Creemos que esta pequeña digresión era necesaria para hacer visible la aporía en la que nos encontramos en la actualidad; aporía que trasha el libro de Luis Alberto Ayala Blanco, *Estupidez ilustrada* (2021), editado por Bonilla Artigas Editores. Por un lado, tenemos a nuestros «estúpidos entusiastas», a esa horda de resentidos que apela su falta de creencia en alguna divinidad para dirigirla hacia la esfera de lo social; del otro lado nos basta una explosiva línea escrita por un solitario Max Stirner: «nuestros ateos, son gente piadosa». Ahora que si medio siglo más tarde Durkheim sentenció que «lo religioso es lo social», y si hoy en día esta idea aún sigue cimbrando las paredes de las universidades, no es lo más irrisorio del asunto. No. Como bien lo sabe Luis Alberto, lo más divertido es que nuestros ateos ni siquiera se han enterado de que en su incredulidad, han sido abandonados por esa pléyade de dioses en los que —según dicen— han dejado de creer... La absorción de lo religioso por lo social planteada por Durkheim jamás significó la desaparición de lo divino, ni mucho menos su plena reducción a lo social. De haber sucedido así, el señor Palomar habría podido observar una ola aislada del mar. En cambio, lo único que nos dice este presupuesto de la antropología funcionalista es que esa nueva deidad que es la Sociedad, se ha apropiado de «la estructura de lo divino, negándola» (p. 37) para erigirse como único referente. No es casual que antes de mofarse de la estupidez ilustrada circundante (de esa «nueva piel que cubre el cuerpo ajado de nuestro tiempo»), Luis Alberto retome a Calasso —referencia omnisciente en todo el libro, como bien apunta J.M Servín en el prólogo— para hablar de los mecanismos del sacrificio. Y es que, bajo su aparente autonomía, la «gran Bestia» de lo social no ha dejado de servirse de las dos ramas que se bifurcan del tronco de la sustitución que activan la máquina sacrificatoria: la analogía y la convención. «Los resortes del sacrificio continúan activando la rueda del acontecer, pero ahora lo hacen cubiertos por el velo de la indiferencia. Imposible comprender el mundo actual si no es desde esta perspectiva» (p. 32). ¿Con esto el autor quiere decirnos que el origen de la sociedad secular o de la sociedad occidental —para ser más específicos— es el sacrificio? No precisamente. Lo que realmente quiere decirnos es que todo el Universo, en su origen (si es que alguna vez podemos hablar de un solo origen, en particular), persigue una lógica sacrificial en donde el deseo se convierte en asesinato. Por ello, leemos en el “Comentario” introductorio: «Este libro es un intento sacrificial por reunir los pedazos dispersos de *algo* ya presente, pero inadvertido. El punto que articula todo es lo “irrepresentable”, “el vacío”, “lo divino”, “la nada” o como le quieran llamar» (p. 19).

Pero ¿qué es el sacrificio? El sacrificio es un acto irreversible en el que algo (de inigualable valor) se destruye en un intento por subsanar la culpa; es el nervio comunicante entre la esfera de lo divino y el mundo; es el momento primigenio —antes del tiempo— en el que la divinidad cercenó una parte de sí para poder crear lo otro. Por eso, si pensamos en Prajāpati creando a la alteridad con el ardor (*tapas*) de la mente (Prajāpati es la propia mente), o si seguimos el mito órfico en donde el niño Dionisio, tras observarse en el espejo que le fue regalado por Hefesto, refleja la pluralidad, podemos decir que el mundo entero es una expresión de lo irrepresentable. De aquí que Luis Alberto —a contracorriente al pensamiento imperante de la modernidad— nos diga que toda creación es un plagio. «El origen es un residuo, el residuo de *algo más*, que flota en la intemporalidad y emerge como otra cosa, velándose, ocultándose en el aparecer, en la existencia... en la creación» (p. 43). El reconocimiento del sacrificio nos ayuda a comprender que tanto el arte como la política, o el ejercicio del poder o el Bien y el Mal son máscaras o expresiones de esa Nada que es la fuerza «fuera del alcance del logos», que está «más allá de los fenómenos». Otro mundo sería si el entusiasmo que prevalece entre la caterva de gusanos democráticos que pulula por doquier recuperara su sentido etimológico. Al menos así se reconocería que el

máximo poder al que puede aspirar el ser humano proviene de la posesión divina de algún Dios (*manía*). Tristemente, no sucede así. En cambio, se piensa que el sacrificio ha quedado en ruinas, como los restos de esas comunidades “primitivas” que lo practicaron. Luis Alberto discrepa de estos planteamientos, y se sirve de la figura del artista (y del artista político *par excellence*, Charles Maurice de Talleyrand) para decirnos que el mundo es un «círculo de analogías y correspondencias invisible para la mayoría», por lo que el buscar imponer una “propia voluntad”, o pensar que la política puede convertirse en «el espacio donde la gente se pone de acuerdo para convivir fraternalmente», resulta un síntoma propio de la más abnegada estupidez.

Siguiendo esta línea, Luis Alberto nos habla de los efectos del olvido del sacrificio, y reconoce que éste «nunca aparece como la gran catástrofe, sino como la indiferenciación, y la indiferencia, del estado de las cosas» (p. 28). Si antes el sacrificio se encargaba de resguardar el secreto para todos aquellos que no fueran iniciados, y la ordenación política reposaba en el pleno reconocimiento de lo invisible, el tránsito del orden antiguo a la modernidad trajo consigo el desvelamiento de ese secreto que es pura desmesura y exceso. Lo paradójico —nos dice el autor— es que en la actualidad «el sacrificio se realiza en todas partes sin que nadie se dé cuenta» (p. 28). Y de esta forma, nos encontramos con «la entrada de lo ilimitado, de la desmesura ahora presente en cada acto de la existencia» (p. 26). Así, no es necesario que busquemos el sacrificio en el catálogo de las parábolas moralizantes o entre los herederos de alguna Secta de los Asesinos. Tengamos conciencia de ello o no, el mundo entero se ha convertido en un inmenso taller sacrificatorio. Pero la intención de Luis Alberto no es expresarnos cómo debería de ser el mundo. Usando el lenguaje como puro divertimento, prefiere delinearnos el mundo tal cual es y en el camino, nos muestra los efectos de ese momento histórico que Calasso denominó como la poshistoria (el momento de la inversión, en el que la sociedad se convierte en la máxima deidad). De esta manera, *Estupidez ilustrada* nos dibuja, con hábiles y súbitas pinceladas, la atmósfera política del presente. «El mundo pseudointelectual, ilustrado, enfermo de democracia, que se expande como el cáncer, es el ejemplo más nítido en estos días, días de participación ciudadana, de conciencia cívica, de elecciones» (p. 64).

Ahora bien, cuando Luis Alberto habla de «estupidez ilustrada», no está pensando en una metáfora cursi o en una apología de la razón, de la “originalidad” o de la “erudición” del intelecto, sino en un hecho que podemos constatar todos los días en las universidades, en las plazas públicas, en los medios de comunicación y frente a nuestros ojos, al resbalar la vista sobre la pátina de nuestros abigarrados reflejos. «Nadie se salva del poder de la estupidez. Ni siquiera Dios» (p. 64). Desgarradora “realidad”. Pero lo cierto es que hasta en la estupidez hay niveles. Luis Alberto dirige su sardónica mirada a esas mentes obnubiladas de autorreferencialidad que creen que a través de la razón han logrado escapar del muladar de su estulticia. Basta con echarle un ojo a nuestro alrededor para descubrir a esa retahíla de subnormales. Muchos de ellos pregonan que para llegar a conocer quiénes son *en realidad* deben abrazar su niño interior o hacer un viaje retrospectivo que les permita asumir todo el peso de su responsabilidad como seres sociales; muchos otros (aunque, por lo regular, suelen ser los mismos) siguen enfrascados en la cultura del esfuerzo y no logran desandar esa vieja creencia en la meritocracia que tanto resentimiento ha dispersado en la actualidad. Otros defienden a capa y espada que es preferible leer un libro que ver televisión; y también hay quien transfiere todo su poder a ciertos caudillos carismáticos, con la creencia en que llegará el día en el que gracias a la pericia política el Mal será expulsado definitivamente del mundo. No hace falta una lectura talmúdica a este libro para adivinar lo que Luis Alberto piensa al respecto. «La felicidad no es una ilusión, es una realidad,

y como toda realidad... inalcanzable» (p. 128). Pero dejemos de lado que hoy más que nunca la humanidad busque evadir el miedo que le provoca todo aquello que le desborda, ciñéndose a la falsa existencia de una identidad fija e inmutable, o que hoy más que nunca se piense que el libre albedrío sí existe; dejemos de lado estos hechos y detengámonos en la siguiente idea: ¿en realidad el Mal debe ser erradicado de la vida pública? Que esto algún día pueda suceder o no es lo de menos. Si la historia de lo obvio es la historia más oscura, ¿qué es lo que esconde la recalcitrante obviedad de este argumento? Dejemos que sea el mismísimo Satanás —entrevistado por el autor— el que nos tienda una mano: «En las mentes enfebrecidas de todos ustedes [el] mal es producto del aburrimiento divino, pero no es lo que ustedes creen. El mal es Dios en sí mismo» (p. 92). Y a qué le llamamos mal en las sociedades actuales si no es a la desigualdad, a la injusticia ¡o a la estupidez! Vaya situación. Siguiendo a Luis Alberto, si en nuestra locura moderna creemos que el Diablo vive resentido con Dios es porque ese mismo resentimiento ya nos ha carcomido la blancura de los huesos. Visto panorámicamente: por un lado apelamos a favor de la igualdad y por el otro nos desagrada que alguien sea distinto a nosotros. Que ese sea más guapo, que el otro sea más fuerte... «La modernidad, tomada como un tiempo sin dioses, es el lugar perfecto para cosechar el resentimiento [...] En pocas palabras, el resentimiento surge de una igualdad prometida y nunca alcanzada, y esto es algo exclusivo de la condición humana» (pp. 101, 102).

Por eso Luis Alberto retoma la sabiduría lacónica de Esparta, que reconoció el poder como «fin en sí mismo». Esparta representó la glorificación de la fuerza «pero siempre ocultando algo —el saber—, manteniendo así alejado de las miradas profanas supreciado secreto» (p. 86). Misteriosa es la conexión entre poder y saber. Pero podemos servirnos de la potencia de las imágenes para acercarnos a ella. Como en una calcomanía bidimensional, en “El Lay de Aristóteles” Luis Alberto lo representa de una forma peculiar. Le basta un ligero movimiento para que la primera imagen, Eros cabalgando sobre *epísteme*, de pronto nos muestre a Aristóteles cabalgado por Armonía. ¿Qué quiere decir esto? En primer lugar, que el mundo es en sí mismo un mito, como ya lo había dicho Salustio. Y luego, que la sabiduría no pende de la razón, sino de la locura. Pensemos en el conocimiento, entendido como adivinación. Para los griegos la adivinación poco tenía que ver con la concatenación de ciertos hechos entre el presente y el porvenir (la «mántica» se derivaba de la manía). A eso se refería Kerényi cuando escribió que el papel de la hermenéutica (que es condición ontológica de todo ser humano) no es tanto el revelamiento de un misterio inexpresable al cual hay que arropar con una expresión, sino la revelación de la oracularidad del texto. La imaginación es la ciencia más exacta que poseemos para acercarnos al porvenir; la imaginación y el deseo. Pero la desatinada pretensión de los iluminados de la modernidad para conocer el mundo eludiéndolo, encarna un problema de fondo más delicado: el problema de que por una extraña torsión de sentido, mientras más creemos vivir en un orden político que apela por la libertad, más represivos y sutiles son los mecanismos de dominación que nos atraviesan. Por eso nos dice Luis Alberto que hoy en día si «no comulgas con la bobería reinante, automáticamente te conviertes en un paria». Así, no sólo es un mal bicho aquel que decide abstenerse a votar por tal o cual partido político... también lo es aquel que ¡no desea ser feliz! ¡Y qué decir de aquellos jóvenes suicidas que, al afirmar la vida por sí misma, se arrojan con devoción hacia el eterno abrazo de la muerte! «Generalmente los amantes de la vida imponen su parecer sobre el resto difícilmente pasa al revés. Entonces el suicidio es ungido con el epíteto de maligno, cuando para muchas personas la palabra sería salvador» (p. 82). Si lo mejor que podemos hacer —siguiendo a Sileno— es no haber nacido o en su defecto, morir

lo más pronto posible, pero al final, la vida siempre parece reafirmarse a pesar del dolor y el sufrimiento, la única respuesta que se nos presenta a la vista, cual nacarada estrella parpadeante, es embriagarnos del más destilado humor para así cargar con todo el peso de nuestra condición pusilánime. No es de extrañar que, a través de sus páginas, Luis Alberto se ponga la máscara del pesimista para entintar de un corrosivo humor toda la forma de su libro. Finalmente, nos dice: «Estúpido es quien carece del humor necesario para sentir y no saber, ya que la experiencia es conocimiento difuminado en el instante» (p. 68).

Que en *Estupidez ilustrada* Luis Alberto parta del sacrificio para después desprenderse en una serie de disertaciones en torno a la política, el ejercicio del poder, el arte, la pintura, el cine, la fotografía, la música, el tiempo, el zen, la ciencia, Esparta, el amor o la ataraxia entre otros, y que estas convivan con una serie de aforismos y cuentos, nos permite hablar de una obra lúdica, inclasificable y en apariencia inconexa. Sin embargo, la inconexión es sólo un espejismo, porque a través de sus páginas una omnisciente y continua vibración emerge del libro, en forma de una olímpica carcajada que consume el eco de un grito desgarrador. Ya lo sabían los videntes védicos: «Es por el sonido por lo que el no sonido se revela». Por eso resaltamos el ritmo y el humor de este libro. El ritmo, porque la música es la «perfecta expresión» de lo irrepresentable; y el humor porque al igual que un buen libro, una buena dosis de humor siempre puede salvar el día. A nuestro juicio, creemos que una lectura seria a este libro necesariamente implica que cada palabra no sea tomada tan *en serio*. No sea que perdamos de vista que «la exactitud es la característica esencial del azar» (p. 130) y que «inverificable, incontrolable, irrepitible es fundamentalmente la felicidad».